

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

Año IX

Barcelona 24 de Noviembre de 1898

Núm. 418



Si la tristeza amarga te domina
ven á mí, que es seguro que no sabes,
cómo se consigue la alegría.

Si yo fuera político, que afortunadamente no lo soy, á estas horas habría tomado muchas tisanas, y aun si me apuran algo, tila, mucha tila.

No lo digo por lo que les ocurre á nuestros *hombres*, que esos, si no todos, los más, tragan té (no falta quien no traga otra cosa que saliva) queriendo aprovecharse de las existencias que, á cumplirse los vaticinios del Apocalipsis, serán las últimas existencias que no entren, como ciertos picadores, recargando. — «Desengáñese usted, amigo, — me decía socarronamente un murguista, — nosotros que somos el pueblo superior, el *llamado...* por la trompeta del juicio final, el de las tradiciones y de los regionalismos tradicionales, hemos hecho dos cosas incomparables que pasarán á la historia, tradicionalmente desde luego: *la marcha de los chulos*, de Cádiz, y aquello de *La Verbena* que canta: *de la China-ná, China-ná. Eso es ná.*»

No lo digo, repito, por los *hombres viejos, nuevos y renovados*, sinó por el temporal que se va desencadenando ahí fuera, entre diplomáticos de altura, entre ministros *potenciales*, digámoslo así, de elevada graduación.

Ahora que el czar, con beneplácito de las gentes pacíficas, hablaba recio del desarme, es cuando más se complican los asuntos de relaciones exteriores, que en eso de exteriores están en lo firme, y en lo de relaciones le dan el timo á Dios.

¡Parece mentira que ande tan adelantado el otoño y que la temperatura esté algo fresca!

Ya se habrá supuesto que me refiero á las declaraciones, casi amenazas, de los ingleses.

El ejemplo de Dewey soplando sus trompetas para abatir la soberbia de Jericó, les ha sacado de quicio. Y no se conforman con sus conquistas, sinó que proclaman el derecho indiscutible del más fuerte á la *expansión colonial*.

Quieren merendárselo todo: la *China-ná* decadente y el Africa portentosa y virgen, como escribiría uno de esos poetazos á lo Ferrari, de quien sé que abriga la esperanza de verse más ó menos pronto académico.

Y eso es lo terrible, puesto que los ingleses se reproducen con la facilidad de un conejo, y en cuanto levantamos la caza, se nos echa encima un enjambre. Vamos á tener ingleses en todas las latitudes y para rato.

No niego que á nosotros no nos coge de susto, y que al fin y al cabo, si no se tratase más que de echar crías á las colonias, estaríamos de enhorabuena; pero me he convencido de que si es cierto que la costumbre hace ley, ni ley ni costumbre nos proporcionarán ventajas en esta ocasión.

Los lores están á pique de defender que Inglaterra es para los ingleses y que todo es Inglaterra por esos mundos. Y si tal sucede, ¡adiós, mi dinero!

Nos quedamos sin nómina.

Cosa, verdaderamente, tan estupenda como si nos quitaran de improviso el sol, los toros y la lotería nacional. ¿Comprende alguien al español sin eso y sin ingleses?

Pues claro está que he dicho bien que necesitaría ser aficionado á la política para que todas esas corrientes, que llegan del exterior cargadas de electricidad, me pusieran los cabellos de punta.

Es lo bueno que tienen los españoles, desde el más alto al más bajo: que no son políticos, en el más amplio sentido económico, aunque sí muy amigos de perder el tiempo en chismografías ociosas. Por eso aquí hemos jaleado siempre todas esas historias de la conflagración que de cuando en cuando, y á partir de la guerra prusiana, han suscitado y repetido los recelos de las potencias, y que los más conspicuos de acá tuvieron por historias... de caballería. Sin duda porque la táctica y la estrategia de los ilustres, tratándose de otros, se resumió en el dicho tan poco práctico como vulgar: ¡ahí

me las den todas! Lo triste del caso es que, á lo mejor, ahí donde menos se piensa es donde nos las dan.

¡Sin ese escepticismo filosófico grotesto es posible que nos hubiésemos evitado la catástrofe y que no se nos malograran las ilusiones hasta relegarnos el papel de un Don Juan de guardarropía!

El desengaño más horrible, en punto á olfato y orientación de la política de nuestros hombres, diómelo Castelar, cuyos talentos de sibila moderna eran para mí poco menos que dogma de fe; Castelar dijo, con la autoridad de su indiscutible palabra, que la América, puesta por destinos providenciales en el camino de la civilización, no podía oponerse á nuestra marcha, y que si lo hacía ofuscada, desconociendo su papel, jamás obtendría un triunfo fundado en la consumación de un despojo. Creo que el tribuno confió demasiado en la historia, y sobre todo, en la crónica caballeresca de la Raza.

Pero ¡ay! que esa crónica no es buena en estos tiempos más que para darnos el Don Alvaro, el Don Juan, el Don Quijote. Y... ¡ni siquiera para repetirnos el tipo del alcalde Crespo, de Calderón!

CLAUDIO UGENA





— ¿No les parece á ustedes bien ?

La borrachera del poeta

—Sí, repitamos las frases de Sthendal: el camino del placer es un atajo de la vida; muramos pronto, pero gocemos.

Y echando hacia atrás su larga y sedosa melena, el poeta llevó á sus labios la cristalina copa, apurando el vino de brillante colorido, que en ella se encerraba.

Sus compañeros de orgía tan soñadores, y en aquel momento tan borrachos como él, imitaronle, escanciando también sus respectivas copas. Alguno, no comprendiendo que el placer pudiera encerrarse sólo en las doradas gotas del licor, apenas separados sus labios de la copa posábalos sobre los

marchitos y calenturientos de la hembra, diosa ó ramera, que habíale correspondido en aquella noche.

—Morir joven y morir amando, no hubiera deseado tanto el artista más ambicioso. Las heroínas de Shakespeare realizan ese ideal; loor al poeta, bebamos á su memoria.

Y bebía, bebía sin cesar; sus ojos azules, de un azul pálido, casi gris, apenas se divisaban entre sus entornados párpados, su boca balbuceaba las palabras y sus manos torpes sujetaban la copa que trabajosamente llevaba hasta sus labios.

Fontán celebraba de este modo la generosidad de un editor. Sus poesías hasta entonces inéditas, pronto iban á dejar de serlo; su libro, *Cantos de amor*, había encontrado quien lo editara; ¿qué le importaba que fuera de este ó del otro modo? el libro gustaría; tenía que ser así: era su esencia, su pensamiento, el fruto de fiebre y de delirio, de noches en que toda la sublimidad de la poesía, habíala derramado sobre el papel.

—La poesía, eso sí, es mi vida, quitadme eso y me muero; decidme que mi querida me engaña y me veréis sufrir; decidme que no haga versos y me veréis llorar. Ven Laura, dame tu vida; pon tus labios sobre los míos; unamos nuestras almas, formen una sola que pueda decir al mundo entero lo que es amor: un amor grande, mezcla del incestuoso de Paolo y Francesca con el ideal del Dante. ¿Me amas, verdad?

—Pues yo lo creo, eres guapo y eres rumboso.

—Rumboso sí, lo soy; por ti, quisiera tener los tesoros de un bajá, y unirlo á la fortaleza de un africano. ¿Me quieres? dímelo otra vez; oiga yo tu palabra, penetre en mí esa influencia misteriosa que se ejerce sobre el que es amado. A tu lado seré grande, seré divino, nó, seré algo más, seré poeta: tú serás mi Margherita Cogni, yo seré tu Byrón; cantaré no el don Juan, cantaré el amor, lo viviremos; sea nuestra esa pasión que da la vida y que mata al propio tiempo.

Sus compañeros le escuchaban, asintiendo á sus palabras; ellos también se sentían devorados por el mismo fuego; el mismo ardor animaba sus deseos. El amor y el arte eran sus únicas pasiones; por el amor todos los hechos eran disputables; Marco Antonio dejándose, por amor á Cleopatra, arrebatar el mando del imperio romano, aparecía sublime; por el arte eran perdonados todos los crímenes, Nerón pegando fuego á Roma para reedificarla más bella se asemejaba á un héroe. Roma decadente, con sus baños, sus carreras y sus juegos olímpicos, se elevaba más alta que la Roma conquistadora y dueña de todo el mundo?

—Sí, bebamos; eres bella; tus ardientes ojos, sedientos de amor y tus labios deseosos de besos, son para cantados en las más bellas estrofas. ¿Qué eres impura? mejor, la impureza es la vida, pues de ella nos alimentamos; los grandes

amores y las grandes pasiones tienen que ser así; el mundo es vuestro; por vosotras dijo Murger que sois mujeres cuyo corazón ha descendido hasta el vientre. ¿Me quieres? Cuéntanos tu historia. Debe ser interesante; preveo en ella grandes pasiones y sufrimientos sin tasa; te veo caer rendida en brazos de tu primer amante, y ofrecerle tu cuerpo por no poder darle tu alma ¿verdad?

—¡Quita, chico! ¿mi primer amante? me acuerdo tanto de él, como de mi primera camisa.

—¿No le querías?

—¿Acaso tuve tiempo? Nó chico, fué uno, que sé yo, uno cualquiera, más rico que los demás, pues pagó caro el poder gozar las primicias de mi cuerpo; eso bastó, ya ves tú si había de quererle.

—¿Así caíste?



¡A la plaza!

—Toma, pues yo lo creo, no tenía más camino que ese ó la miseria, y ésta es muy fea para verla cara á cara.

—Es verdad, la pureza dura hasta el primer deseo y éste se engendra con la primera alhaja ó traje de seda que se os ofrece... Y tú Rosa, ¿en cuánto te vendiste?

En su borrachera quería saber la vida de todos; el lodo que pudiera salpicar, quería que llegase hasta allí, que cayera en las copas, que manchara los manteles, que lo manchara todo.

—Rosa me quiere, contestó uno de ellos, ¿qué importa lo demás? su vida es la mía, vivimos el uno para el otro, ¿qué he amado antes? bien, se ha despertado al amor como se ha despertado el arte; ahí la tenéis, amante y artista, todo lo reúne. En una noche, se ha apoderado de nosotros la lujuria y juntos hemos apurado sus goces hasta caer rendidos; en un día hemos leído á Bequer á Musset, y hemos llorado con Leandro; en otro, las rubias mujeres del Ticiano nos han inspirado: dejadla pues, su vida ¿qué nos importa? Es joven, es bella, siente, está animada; y con eso basta.

—Nó, no basta; es preciso algo más: tiene que hacer sentir; tu pasión es amor de burgués, no es idea de poeta; ni los deseos ni los celos te atormentan; no sabes lo que es amar. Bebe; ya que no conoces las pasiones conoce el vino. Laura, te lo juro, tus ojos, aun no son tan bellos como el color de este vino. Enlace Baco con Venus, huya Mercurio, dame tu vida, no me hables de la prosa.

Y Laura oía, oía sin comprender lo que su amante narraba. Después de todo ¿qué? ella había nacido para eso; si entonces se hallaba en los brazos de



Ensayo de actitudes y de coqueteria.

un poeta, ¿quién sabe al día siguiente? Tal vez en los de un hombre vulgar y caerían en su oído palabras nuevas; la poesía y el arte dejarían paso al *debe*: su vida había de ser la misma, servir la copa del placer y no gustar de él nunca. ¿Qué más le daba, por tanto?

Fontán bebía mucho; sus ideas atropellábanse en su mente, y hubiera deseado ser otro, no sabía quién; un personaje de Shakespeare, matando á su hermano, para casarse con la que dejaba viuda como en Hamlet; ó un gran místico, asceta; que huye del mundo, y ofrece su alma como expiación de pasadas culpas. Y amar, eso sí, amar siempre; estar rodeado de un grande amor, tal vez divino, tal vez humano, pero amar á alguien.

—Vuestra es la vida, sois jóvenes, sois bellas, el oro caerá en raudales á vuestros pies; los poetas os cantarán en sus más lindos versos y las gentes de las ciudades os dejarán el paso al ver que con vosotras va la juventud y el amor. Bebe, Laura; caldee tu sangre este licor, enérvate, y ten arranques de mujer ó de fiera. Así, eso es, bebe más; suelta tu pelo, rodéate de tu espléndida cabellera, salte tu seno de tu apretado corpiño, luce tus encantos, más hermosos por ser tuyos; muéstrate tal como eres, obra maestra de la Naturaleza ¿me adoras, verdad? Te reconozco, eres la mujer de siempre: la que con el placer por premio, has inspirado los más grandes hechos de la historia. Eres Cleopatra, ¿cierto? Te has dejado gozar por los hombres más grandes de tu época; á rebuscar un poco en tus mejillas, habrían de encontrarse aún las huellas de un beso de Pompeyo; después, después has sido Diana de Poitiers. Tenía que ser así: tus amores eran reales: querida de un triunviro, tenías que serlo de un rey, más todavía, de dos reyes; obedecías á la ley que te hizo ser amada por el hijo después del padre. Y, por último, ¡oh Laura, bésame! eres Margarita Gautier, que amas más á Armando que amaste á los otros. Con tus emperadores y reyes eras grande, con Armando eres sublime, has idealizado tu amor, eres artista; bebe, enlaza tus brazos á mi cuello, une tu boca á la mía, y de esta manera, muramos ¿quién sabe? tal vez entonces empecemos á vivir.

El poeta, caía vencido; las cortesanas de aquella fiesta seguían en su alegría, mientras los compañeros de Fontán, caían de la propia manera, llenos de vino y de poesía.

El vino derramado, formaba una gran mancha, é iba afluendo desde la mesa al suelo, gota á gota; el sol penetraba en sus globulillos dorados á curiosear aquella escena y alumbraba, prestándoles color, aquellos cuerpos vencidos por el amor y el placer.

MIGUEL ARDAM



—Tarda Arturo. — Mejor, sólo habría pagado la cerveza y esos pagarán la cena y... la biblia.

Luz y sombra

Desecha, corazón, esa quimera:
Ha muerto con la noche mi tormento
y ya en mis venas y en mi pecho siento
la lozanía de mi edad primera.
Ya la gigante sombra pasajera
se deshace con suave movimiento,
ya tiemblan en la tierra y en el viento

los destellos de un sol de primavera.
Despierta, corazón, y da al olvido
el amargo recuerdo que te espanta:
mira el sol, tras los montes escondido,
como en nubes de fuego se levanta,
y el pájaro en las ramas adormido,
al soplo de la luz despierta y canta.

JOSÉ MARÍA DOTRES

NOVIEMBRE



Alegoría.



¡Sed tengo!

A LA SRTA. L. C. DE G.

Vagaba yo una vez por el campo con el pensamiento abstraído, sin fijarme en las gracias que amorosamente presentaba ante mis ojos la Naturaleza. Nada indicaba en mí cansancio ni fatiga, pero un viejo que había tendido sus redes en el río, y que esperaba filosóficamente fumando en su pipa, me dijo: «joven, vienes de muy lejos, siéntate y reposa.» Admiróme la seguridad con que hablaba de un viaje que yo tenía por imaginario, tanto más cuanto que acababa de salir de la ciudad. Leyendo él mis reflexiones añadió: «no se camina solamente por los valles y montañas, y tú ignoras que andas á la ventura, como el judío errante, porque te ocurre lo que aquél, que al abandonar una estación se duerme y despierta en la otra.» Picada en lo más vivo mi curiosidad, me acomodé á su lado sobre la yerba y le rogué que me aclarase el enigma. El viejo sonrió socarronamente y exclamó: «escucha bien mi cuento»:

— Se fué un joven de buen humor á viajar por el mundo, porque su imaginación inquieta le preguntaba qué había más allá de las lindes rumorosas de su pueblo. Primero anduvo por terrenos llanos, y como toda era alegría y suavidad en el paisaje, correteaba, saltaba alegremente, gozando sin tino ni mesura de todos los placeres. Cuando se estrechó el sendero y se inició la cuesta, el hombre ya no tenía fuerzas para salvar los obstáculos, pero forzado á seguir adelante, no tuvo más remedio que subir á la cumbre, para ver lo que Dios había creado detrás del horizonte. Su fatiga era horrible, y le devoraba la sed; á la mitad de la montaña encontró una choza, donde una pobre anciana hilaba su rueca:

— Buena mujer, le dijo, dame agua.

La tejedora le sirvió. El joven tragó el cántaro con avaricia, pero sintióse en seguida más sediento que antes. Y prosiguió su camino triste, apesadumbrado, maldiciendo á los ciclopes que habían levantado las montañas para abatir la soberbia del hombre rebelde contra el poder generador. Animóse un poco más arriba, distinguiendo á un guardabosque que cazaba. «Ese llevará, pensó aguardiente en su cantimplora. Veremos si el alcohol tiene más virtud que el manantial.» Pero el cazador se echó á reír estúpidamente cuando formuló su demanda.

— Para apagar la sed no hay como el agua fresca y cristalina; venga usted conmigo. — Y le acompañó á una casita blanca, oculta entre matorrales. En la puerta jugueteaban unos niños rubios como la espiga, coloradotes, hermosos, pero muy sucios. La madre preparaba, cantando, la ropita de un nuevo hijo á quien se esperaba. Todo respiraba alegría y ventura. El joven bebió con la angustia de un hidrópico, pero tuvo que seguir su itinerario más desesperado y abatido. ¡Siempre la sed, aquella sed horrible abrasándole la garganta! Acaso la misma desesperación le dió fuerzas para llegar, casi de una volada, á lo más alto de su viaje. La melancolía que le abrumaba, la fiebre que le iba devorando, conturbaron su espíritu y no pudo admirar las grandezas que desde aquella altura había derramado la omnipotencia con mano próspera sobre la tierra. «¡Tengo sed!» le gritaba el pensamiento, y respondía la carne como la planta consumida por el ardor estival: «¡tengo sed!»

Entró en el pórtico del palacete rústico que se erguía sobre la cumbre, como si el poder humano hubiera querido protestar del poder ciclópeo, ganando unos metros á la altura en sus conquistas del ideal, y por coincidencia rara salía una joven bellísima, elegante, de dulce y suave apostura con un cántaro en los brazos. Sin cumplimento, sin respetos á la cortesía, el viajero arrebató el barro, que lloraba, húmedo, por sus poros, diciendo: «¡tengo sed!», y después de haber devorado el líquido que, milagrosamente manaba sin cesar del cántaro, cansaba la respiración; pero no satisfecho el instinto continuó gritando «¡tengo sed!» La joven le contestó, «sígueme». El caminante subió á una torre y al entrar encontró á una dama sencilla, pero tan noble, de aspecto tan simpático, que el intruso no recordó haber visto nunca señorío igual:

— Adivino, lo que sufres, dijo; lo adivino porque yo pasé también por tan dolorosa experiencia: tienes sed.

Despertados todos los instintos del hombre que acababan de adormecerse al entrar, gritó salvajemente:

— ¡Tengo sed!

— Pero esa sed, continuó la dama, no la apagan los manantiales de la tierra, no está en la sangre del cuerpo, sino en el espíritu. Por eso, más abajo no te la apagó la vieja que hilaba su rueca, ni el guardabosque, que mataba el tiempo, ni la esposa agradable que trabajaba para lo porvenir. Pero sábetelo, ¡oh, joven! que todo lo que has visto hasta aquí son símbolos de la vida aplicados á tu sér. Como has cansado el cuerpo en la edad en que todo es fácil y lisonjero, llegando á la edad de las apreturas, no has visto más que obstáculos. La sed que sufres es tan horrible que no tienes sentido con qué admirar las bellezas que se extienden á tu alrededor. La vieja hilaba tranquila su copo sin sentir el ansia devoradora, porque, su misión cumplida, se le permitía llegar dulcemente al descanso;

el cazador no pudo entenderte, porque su naturaleza no fué jamás presa de los vicios; y la mujer fecunda era para tí el más alto ejemplo de que los humanos tienen que obedecer á la naturaleza. Del agua que te daban bebían todos y ellos no estaban sedientos.

—¡Tengo sed! — repitió el mancebo retorciéndose con horribles contracciones nerviosas.

—Tienes sed, y te será apagada. Has llegado á la cumbre. La sed no te permitía ver, pues mira; la sed no te permitía gozar, pues goza. A la cumbre no llegan las borrascas, porque está muy cerca del ideal. Has tenido fuerzas para no sucumbir en el camino, y si tú quieres, se te otorgará la recompensa.

Lejos de repetir su cantinela, el viandante clamó con gozosa esperanza:

—Sí, quiero.

—Dios sea loado—añadió la dama—pues su inmensa bondad abre tus ojos á la luz.

Y en efecto: el caminante pudo desde aquella altura admirar los encantos inmensos de la poesía, que al abandonar el pueblo le había ofrecido Naturaleza para que gozase de la alegría de existir.

—¿Has comprendido? me preguntó el viejo, tirando de sus redes, y dejando su pipa sobre la alfombra de musgo. Y yo, por intuición, recordando la visión del palacete y de la augusta dama, comparando todas las imágenes del cuento, con las de mi propia vida, y viendo seguro que en aquel hogar tranquilo, donde la elegante joven del cántaro y la dama discreta daban al errante viajero el único manantial que podía satisfacer su sed devoradora, tenía que acabar mi angustia, mi afán de lo infinito, repuse — «sí».

—Pues si has comprendido, sabe, ¡oh joven! que nada se mueve sin la voluntad de Dios y que toda piedra necesita de otra piedra, y todo sér, de otro sér. Cuando el joven de mi cuento hubo apagado el ansia que le mordía, la dama le dijo:—ahora, como tú vienes de más lejos que yo, tú que has apagado la sed, satisfacerás la intranquilidad de mi espíritu. ¡Sabio es quien diga que los humanos desconocen la misteriosa esencia del amor!

V. INGRESA

El poema de la vida

I. Era una doncella humilde: trabajaba en la rueca hilando sus copos, y aunque no levantaba los ojos de su trabajo, tenía el pensamiento siempre alejándose por las lejanías azules.

II. ¿Qué secreto afán movía aquel inquieto espíritu? ¿Por qué devoraba la fiebre sus carnes flácidas? ¿Había entrado el amor á caballo de una brisa de primavera y llevándole perfumes y canturias que embriagan y arroban?

III. A los oídos de la doncella no habían llegado palabras misteriosas de mancebo alguno. No era el amor quien turbaba la conciencia de la joven.

IV. Y sin embargo, la doncella estaba triste y dejaba volar á todas horas el pájaro de las ilusiones, que, cuando despierta la Naturaleza, se agita en nuestro cerebro.

V. Así fué que un día cogió un libro, y como sus páginas le hablaban del misterio del sér, de la dulzura de amar, pobláronse de fantasmas las células de su imaginación. — «Yo también quiero vivir» — se dijo. Porque el libro aseguraba que fuera del amor no hay vida.

VI. Pasó el tiempo, y la pobre doncella había amado, y como era humilde fué menospreciada, y el hogar que se le llenó una hermosa mañana de cantos, de risas y de perfumes, viólo silencioso y frío, como si no llegase hasta él la hebra del sol; y entonces volvió á coger el libro para que le repitiese aquella hermosa cantinela de su juventud.

VII. Había ocurrido que la pobre, sorprendida en lo más dulce de la lectura, y devorando las páginas al compás del ritmo del pensamiento, no supo interpretar las palabras del filósofo. Ahora, el pensamiento, que era oscuro y no volaba ya por las lejanías azules, llenábale las células de fantasmas tenebrosos, híbridos.

VIII. Y en la punta de la rueca abandonada, fingióle la cabeza deforme, horrible de un trasgo, que le gritaba, leyendo la sentencia del libro y contestando al clamoreo de sus ilusiones marchitas por el sople abrasado y sucio del Hombre:

IX. —¿Amar es vivir?

CLAK





LA COQUETERÍA. — Interpretando la obra del Hombre.



LA COQUETERÍA. — Interpretando la obra de la Naturaleza.



La estrella polar.

El huérfano

(Canción)

De cortijo en cortijo yo siempre voy gimiendo;
el hambre que me acosa veloz me hace correr.
Por Dios y por la virgen yo siempre voy pidiendo
y algunos mendruguitos me dan para comer.

¡Yo ya no tengo madre! ¡Yo soy un pobre niño
que no bien vino al mundo ya solo se encontró!
Por mí nadie suspira, y vivo sin cariño
como triste avecilla que su nido perdió.

Cuando ya están cansadas mis pobres piernecitas
y sed abrasadora me viene á devorar,
corro ansioso hacia el río, sus aguas son claritas
y allí en sus aguas puras, mi sed voy á saciar.

Aquel pan que me dieron en mi triste jornada
lo como mientras late mi pobre corazón;
si es duro lo remojo en el agua argentada,
en tanto lagrimeo bajo el sauce llorón.

Cuando allá tras los montes el sol desaparece
y miro las estrellas tan pálidas lucir,
al encontrarme solo mi pecho se estremece
y tiemblo ante la noche y pido á Dios morir.

Arrecia el viento helado, y lleno yo de frío
caliento mis dedos á fuerza de soplar,
sintiendo aquí en el fondo del pobre pecho mío
tristezas que me ahogan, impulsos de llorar.

Y agobiado de pena y por la noche helado,
ya rendido mi cuerpo de tanto padecer,
camino bajo el seto de espinas erizado
y ensangriento mis manos por leña recoger.

Más tarde, tembloroso y de frío transido
hago fuego y al lado me voy á acurrurar,
y mientras me caliento comprendo entristecido,
que el desierto es mi casa y es el campo mi hogar.

Los pobres pajaritos reunidos por el hielo
se alegran cuando sienten de mi lumbre el calor,
suspenden sus quejidos de amargo desconsuelo
en tanto se aproximan sin duelos ni temor.

Y viene el nuevo día, y apenas la alborada
con tenues resplandores nos viene á despertar
mis pobres compañeros de la noche pasada
se alejan entonando melódico cantar.

Y siempre los despido con adiós lastimero
y al verlos alejarse siento frío terror.
Pueden ellos ser presa del alcón carnicero
ó muertos por el plomo de astuto cazador.

Y el pecho se me oprime y digo enternecido:
¿Quién otra vez á verlos mañana volverá?
Por el alcón del hambre también voy perseguido,
mi pena va cazando tal vez me matará.

RAFAEL RUIZ LÓPEZ



Matrona



Cuentos y picardías

Barón de Niel.— La Verdad, según la mitología, salió de un pozo, y como es natural desnuda, puesto que al aire libre no establecen los sastres sus tiendas de ropa.

Lo extraño es que diese seguidamente con un espejo, que es como la representan los aficionados á los símbolos, porque tengo para mí que tampoco van los ebanistas á montar sus talleres en medio de los campos.

Señora de Bozo, muy fea, interrumpiendo.— Creí que tenía usted más ingenio, barón. Suponga usted que antes de salir la Verdad á luz había estado de paseo por los bosques la condesa Mike. Sabido es que esa señora tiene que estar contemplando á cada instante su hermosura. Es... el Narciso de las damas.

Conde Petrucho.— Muy gracioso, Luisa. Siempre he dicho que suple usted con su ingenio á la coquetería de las demás. De modo, que usted supone que si la Verdad encontró su espejo sobre la verde alfombra de los prados fué porque Mike había pasado antes por allí.

Barón de Niel.— Imposible; no se comprendería entonces lo que le ocurrió al muy ilustre magistrado Tetowno, cuando la citó (al presidir su primer juicio), para que informase rectamente el criterio del tribunal.

Coro.— ¡A ver! ¡a ver!

Barón de Niel.— ¡Oh, señores! No vale la pena. Tetowno se asustó viéndola desnuda, y le echó en cara que se presentase tan ligera de ropas en lugar tan augusto.

Señora de Bozo.— ¡Y con la avilantez de ir mirándose en el espejo!

La señorita de Mun.— Consecuencias de que utilizase el cristal empañado por las miradas de la condesa Mike.

Barón de Niel.— El digno magistrado no se habría atrevido, si eso fuese, á recomendar á la Verdad que recurriese (antes de deponer) á los servicios de una modista. Pero protestaron la acusación privada y la defensa, y hubo que atenerse á una fórmula de transacción. Se le puso un velo.

El embajador Kirst, riendo.— Así quedaba la Verdad tan desnuda como antes.

Vizcondesa Rhon, picarescamente.— O lo que es lo mismo, más interesante, pero menos verdad.



El gran Zanzéis dirigía un periódico muy leído. Trató de reformar su publicación y anunció las plazas de redactores, por concurso. Se presentaron, como ocurre siempre, á docenas: gentes que no habían aprendido á escribir en la escuela y que se vanagloriaban de ser escritores. Zanzéis les examinó con atención prolija, y ya daba su paciencia al diablo, cuando acudió uno de esos jóvenes que, precisamente porque no sirven para nada, encuentran acomodo en todas partes: como que tienen el mérito en la lengua maligna.

—¿Y usted qué sabe?

—Nada; si supiera algo útil no le convendría á usted. Para un periódico lo mejor es no tener ningún conocimiento en ciencias ni artes, porque los *versados* son siempre enfadosos.

—Entonces no comprendo...

—Poseo la cualidad más difícil del periodista: sé murmurar de todo el mundo. ¿Quiere una prueba? Antes de venir aquí me han dicho que usted no tiene gracia para sostener su diario.

—¿Y usted...?

—Yo lo he creído.

—¿Cuántos hijos tiene usted?

—He perdido la cuenta.

—¿Cómo?

—Figúrese, amigo mío, si hay para menos: ayer presenté la demanda de divorcio por adulterio á los tribunales.

No exagero si digo que á los veinte años creía en el amor y en las palabras de María Conegunda, la muchacha más bella y retrechera de cuantas han aspirado las sales del mar de Málaga. ¡Y eso que allí hay mujeres bonitas, Dios!

María me adoraba, seguramente, y tengo por seguro que no era falso el candor de los dieciocho años con que me juraba que se pegaría un tiro si yo llegaba á olvidarme de ella.

Fué el caso, que los vientos de la ausencia soplaron muy duros para los dos, y que andando el tiempo, volvía yo al templo de mis ilusiones con fiebre, más aún con miedo pavoroso.

—¡Se habrá matado! — pensaba.

A la mañana siguiente recibí un billetito perfumado que decía así: —«Querido, no tengas inconveniente en venir á verme. Me casé, y te cumplí la palabra; pero he resucitado á nueva vida, y te prometo que no volveré á ser tan tonta. Si vienes te convenceré de que debes hacer lo que yo: suicidarte. Excuso añadir que procuraré no verla. Me fastidian las muertes prematuras.

GERMÁN DUCCA



Serpentina



A la puerta de la Iglesia

En el pórtico de una parroquia cualquiera. De los pobres que tienen allí tienda abierta, quedan sólo el ciego señor Tomás y la lisiada señora Rita. Mañana lluviosa y fría; algunos fieles, muy pocos, entran en el templo.

Tomás. — Señá Rita....
señá Rita....

Rita. — ¿Qué?

Tomás. — ¿Qué les ha pasado á los compañeros?... ¿Se han muerto todos?

Son las nueve ya, y no ha asomado ni la señá Gregoria, ni el sargento Rodriguez, ni la tia Ramona, ni la señá Piojos, ni el tio Parra.

Rita. — La Gregoria está enferma; el sargento dicen que ha cambiado de parroquia, por si tuvo ó no tuvo sus cuestiones con el sacristán; la Piojos, habrá tenido miedo á la lluvia; ¡le da tanto miedo el agua á esa gran cochina!... la tia Ramona, estará de parranda con aquel endemoniado jiboso, que se come todas las limosnas y al tio Parra, le durará todavia la borrachera: Creo que ayer era su santo...

Tomás. — La verdá es, que por lo que se arrecoge en un dia como hoy, han hecho bien en no venir. No pasa un alma...

Rita. — Y las que pasan, no dan nada. ¡Qué gente más señora!

Tomás. — Bien puede usted decirlo. Ya no hay caridá.

Rita. — Ni vergüenza.

Tomás. — Eso digo yo: ni vergüenza. ¿Ha visto usted esa señoruca tan emperifollada, que tiene ahí el coche con sus dos caballos y sus dos lacayos?... ¿Pues no ha tenido el tuppé de echarme cinco céntimos?

Rita. — Como á mí... Parece mentira. Lo mismo que ese tio escualido, que viene á misa de ocho y llega tosiendo y escupiendo. Tiene más dinero que el Banco, y no da más que una perra chica por barba, los martes y sábados. Como si los demás dias no tuviera unó que comer...

Tomás. — En cambio, hoy hace ocho dias, me cayó una ganguita. ¿Se acuerda usted señá Rita; de aquella señorita tan garbosa, rubia como unas espigas, que nos dió una pesetita á cada uno?

Rita (con rabia). — Calle usted hombre, y

no me saque de nuevo esa historia. ¿No sabe usted, que aquél dia no estaba yo aquí, y que habia ido al hospital para ver á la perdida de mi sobrina?

Tomás. — ¡Ah!... es verdad. Y dígame usted ¿cómo está la chica?

Rita. — Mejor; ya sabe usted aquello: mala yerba nunca muere. Uno de estos dias le darán el alta, y la volveremos á ver taconeando por esas calles y deshonorando á la familia.

Tomás. — Es triste, muy triste; pero si bien se mira, no tiene la culpa la pobrecilla... Abandonada desde tan niña... sin padres, sin amparo, sin... ¿qué habia de hacer?

Rita (secamente). — Pues lo que yo... pedir limosna. Si hubiese continuado á mi lado, siguiendo mis consejos y mi ejemplo, no habria parado en lo que es. Amparo y apoyo y pan y vestido no le faltaron desde que la recogí ¿sabe usted? Pero, claro, quiso ir por las suyas y... ahí la tiene usted hecha una perdida, y haciéndome caer la cara de vergüenza.

Tomás. — Si; pero verá usted... ¡si no tenía vocación para el oficio! Porque la verdad es esa; para ser pobre se necesita vocación: ni más ni menos.

Rita. — Se necesita tener amor al trabajo, dirá usted. ¿Pues qué?... ¿Se figura usted que en un dia como este, no me gustaria mucho más quedarme en casa, junto al brasero, bien arropadita, que no estarme aquí las horas y las horas, con el frio y la humedad, y esas corrientes, que á una la matan? Claro que si; pero no hay remedio: cuando una ha escogido un oficio y del oficio come, no vale el hacerse la remilgada. La obligación es lo primero, y tenga una ganas ó no tenga, ha de cumplirla.

Tomás. — En eso tiene usted razón, señá Rita; mucha razón. Si yo estoy aquí, no es tampoco por mi gusto.

(Pasa una señora ricamente vestida; abrigo y capota de terciopelo; aire altanero. Entra en la iglesia sin hacer caso de los dos mendigos, que entonan su cantinela.)

Tomás. — Señorita, una limosnita para este pobre ciego...



— ¡Si Don Juan hubiese sido de esta época y cayese en mis manos !

La Saeta

Rita. — Señorita ¡una limosna por amor de Dios!...

Tomás. — Señá Rita ¿á qué no ha conocio usted á esa tía que acaba de entrar?

Rita. — Me parece que no es parroquia-
na...

Tomás. — Nó: es ¡mi cuñada!

Rita. — ¡Cómo!... ¿esa es aquella Encar-
nación, de quien usted me había hablado?...

Tomás. — La misma: la hermana de mi di-
funta. Servía de camarera en casa de un ri-
cacho, que se embobalicó por ella y concluyó
por casarse. Ahora gasta un tren de primera,
y no se acuerda siquiera de su... hermano
politico que vive de la caridad pública. ¡Ah!
señá Rita, ¡qué de cosas tiene que ver en este
mundo un pobre viejo!...

JUAN BUSCON



— ¿Qué tal el paisaje, señores ?

❖
La caída de las hojas

Una noche de otoño, lluviosa y fría,
así la hoja del árbol que se moría,
como el viento iracundo la arrebatava,
al pasar yo, sus cuitas me confiaba.

« Gotas de lluvia las gotas eran
» del mes de abril,
» y como perlas, perlas brillantes
» que el sol irrisa, tuve yo mil.
» Dieron frescura, ricos matices
» á mi color,
» y al azotarme con sus murmullos,
» me regalaban notas de amor.
» Ahora las gotas, gotas de lluvia
» serán también,
» pero cual copos, copos de nieve

» porque me enfrían, tengo yo cien.
» Y por el cieno de los caminos
» me hacen subir
» mustia y sin brillo, pálida y seca...
» ¡sola en en el fango voy á morir!
» El viandante, grata frescura
» bajo mi sombra vino á buscar;
» y ahora me huella... ¡cómo no puedo
» su ardor templar! »

Y me alejé escuchando la triste queja
que sólo yo entendía de la hoja vieja;
y así sentí en el pecho, falto de calma,
que aquel triste lenguaje le hablaba al alma:
pues el mundo, cual la hoja que arrastra el viento,
de cien séres que mima... ¡escupe á ciento!

JORGE RICO



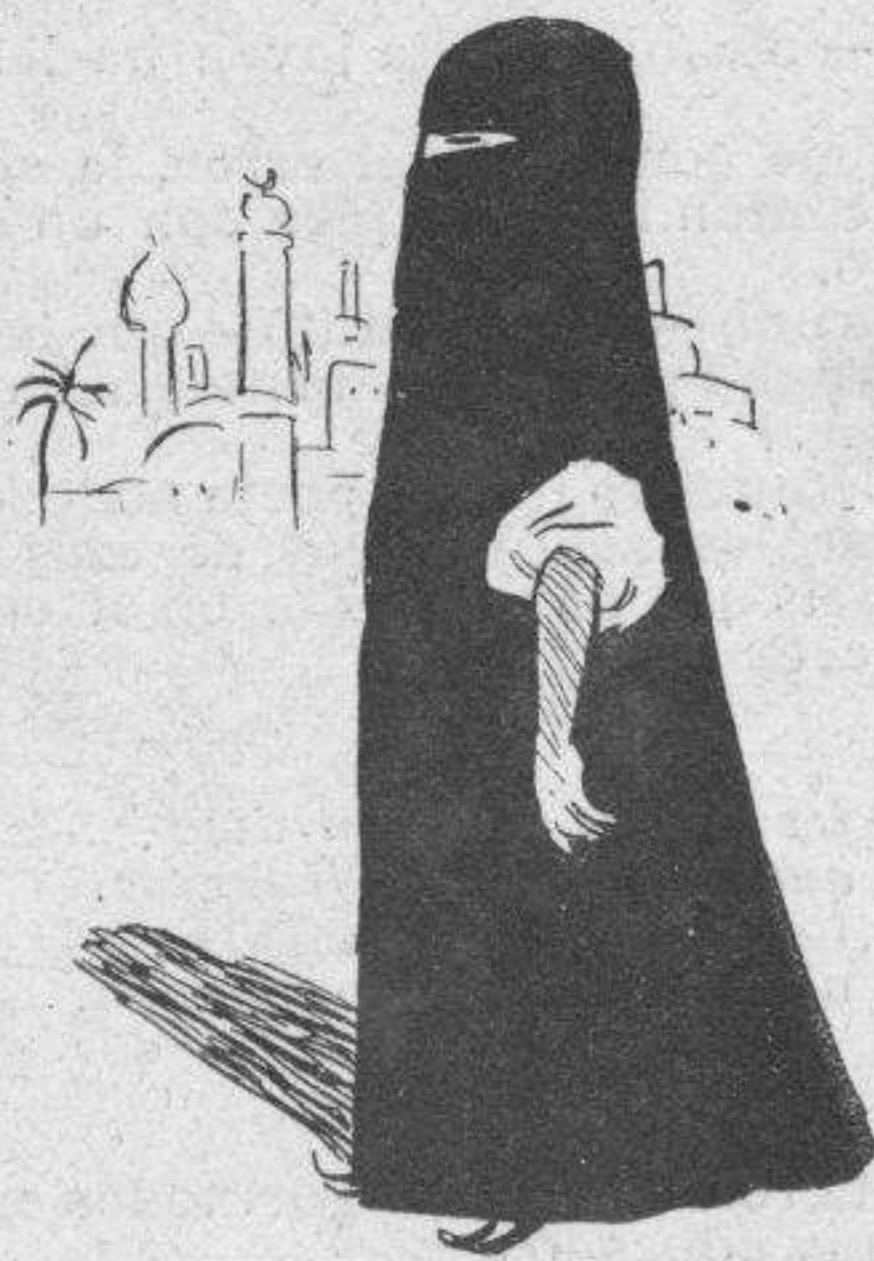
Como
visten ellas



La francesa.



La española.



La tunecina.



La filipina.



La japonesa.



La centro - africana.



AVISO IMPORTANTE

Las tapas correspondientes á los tomos de LA SAETA, forman una cubierta elegantísima.

Advertimos á todos los coleccionistas, que resulta así un libro hermoso que puede figurar, no sólo en las bibliotecas, sino sobre las mesillas de las salas.

Las tapas, para las cuales hemos hecho grabar unas planchas expreso, están tiradas en negro y oro. El dibujo alegórico es de gusto inmejorable.

Los corresponsales y suscriptores pueden adquirirlas, acompañando al pedido los precios siguientes: Barcelona, 2 ptas. 50 cts. Provincias, 3 ptas.

Se hallan de venta en la Administración de este periódico.

¿Dices que me quieres,
bien de mi vida,
y á ese otro sonrías
porque te mira?

Lucio Martínez es un pintor, no diré notable, archimaestro.

No se ha presentado á concurso, pero no importa; su renombre es universal, la opinión le favorece. Dice con mucho gracejo que cuando los más le felicitan, lo de menos es adquirir el beneplácito de un jurado que él tiene por discutible.

Cierta mañana entra en su taller y prepara un gran lienzo para su obra maestra soñada, meditada durante las penosas vigiliass de veinte años, desde sus mocedades casi.

Pero aquel día tiene muchas ganas de comer y pocos deseos de trabajar.

Perezosamente ensucia un pedazo de su tela.

Por instinto pinta una viña. Y con tal arte, con tal naturalidad, que exclama entusiasmado y relamiéndose de gusto los bigotes:

—Estoy á la altura de los grandes maestros. Voy á tomar mi aperitivo.

—¿Por qué no te casaste con Arturo?
—Porque era tartamudo, y cuando me llamaba, Na, na, Navidad, ya estábamos en Septiembre...

El otro día le pregunté á una señorita si le gustaban los poetas.

—Prefiero los banqueros — me contestó sin vacilar.

—Tate — me dije — esta joven ha leído á Becquer.

Pronto me convencí del error, la señorita en cuestión confunde á Becquer con un capitalista americano.

—¿No es uno — me preguntó — que ha suscrito cierta cantidad para los alimentos del ama de Máximo Gómez?

Y es que nuestro ilustre poeta no hizo más que interpretar los sentimientos de esas damas de nuestro país que no aprenden en el colegio ni á hacer calceta.

*La virgen del Pilar dice
que no quiere ser francesa.
La virgen no dice nada
ni es fácil que esto suceda.*

En cierta reunión de amigos, todos cultos, discretos, muy educados.

Dice el más grave:

—¡Dios, qué desgracia! He olvidado en casa de Ferrulga un pastel de carne.

Replica el más cómico:

—¡Diablo, y tan bien como habría venido para esta reunión de hambrientos!

El grave al quite:

—Nó; perdone usted amigo, que si bien de carne, no es un pastel vulgar. Lo tengo prometido á mi esposa con la condición de que me de un beso. Pasa un rato. Se bebe, se bromea, y al cabo el del pastel vuelve á lamentar la susodicha pérdida.

El más cándido se brinda á ir por él.

Indica el más chusco:

—Cuidado, querido, con comerse una parte por el camino: nos veríamos apurados aquí para medir la cantidad de beso que le tocaba á usted.

CHARADAS

I

*Prima tres, es de valor,
la segunda, vegetal
y el Todo es un apellido,
que á nadie parece mal.*

II

Letra es prima, letra es cuarta
y también prima segunda
y es un animal mi Todo,
que en cierto terreno abunda.
LUIS LÓPEZ DE LOME.



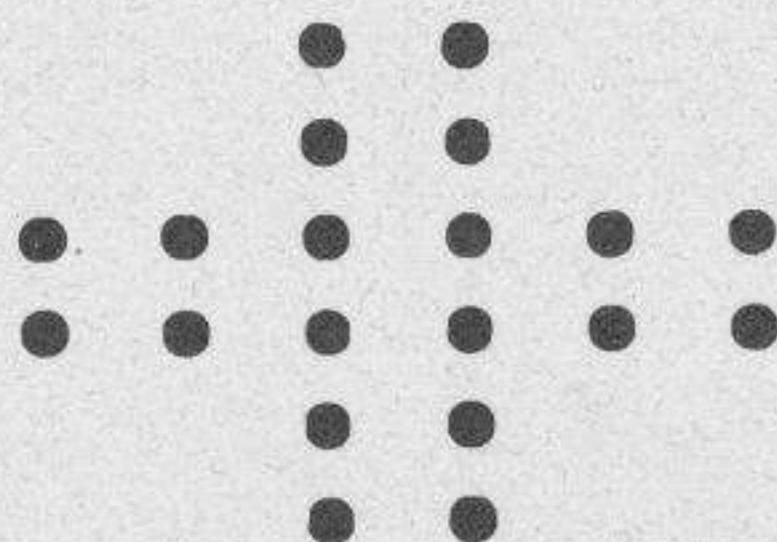
Partitivos Acrósticos

Uno	(.....)	Arbol y apellido
Medio	(.....)	Substantivo
Tercio	(...)	Moneda antigua
Cuarto	(.....)	Rey
Quinto	(..)	Substantivo
Sexto	(..... ..)	Personaje contemporáneo
Septimo	(.....)	Pretendiente
Octavo	(.....)	el de las Navas
Noveno	(...)	Eclesiástico
Décimo	(.....)	Un sabio

JOSÉ VIDAL FERNÁNDEZ.



Cruz



Substituir los puntos por letras, de modo que se lea en la 1.ª línea, Nombre de mujer; y en la segunda, Arbol.

K. MARÁ.



Cuadrado



Substituir las estrellas por letras, de forma que vertical y horizontalmente, se lea: 1.ª Ciudad de Italia, 2.ª Isla española, 3.ª Fruta, 4.ª Castigo y 5.ª Una divinidad persa.

ANTONIO ARROYO.

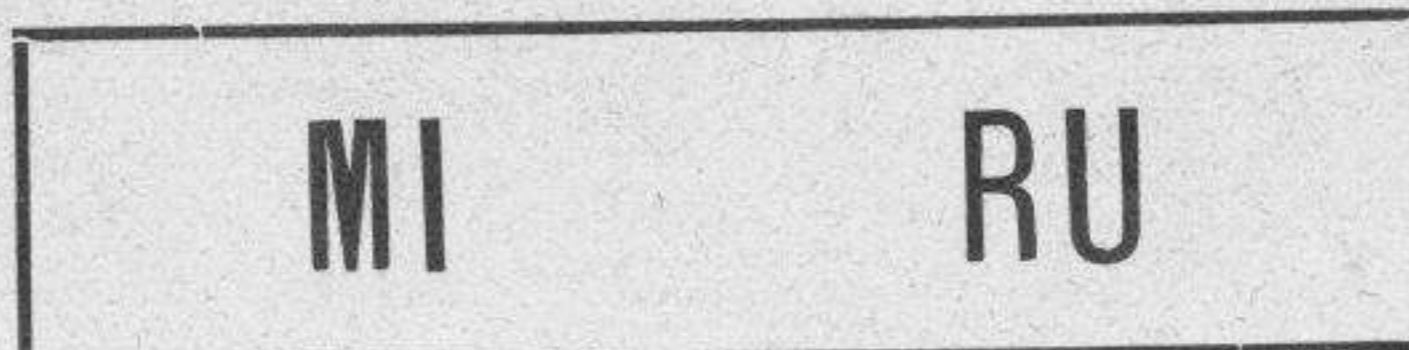
Logogrifo numérico

1 2 3 4 5 6 7	Nombre de varón
4 6 7 1 4 5	Verbo
6 7 1 4 5	»
4 1 4 5	»
6 4 1	»
2 5	»
3	Cifra romana

T. TAFALLA.



Jeroglífico Comprimido



LUIS LÓPEZ DE LOME.



Soluciones á lo insertado en el número anterior.
CHARADAS. — Cava. — Cadete.

ROMBO. — M
L A S
M A R I A
S I N

CUADRADO. — A
c e r e s
e b a n o
r a m a l
s o l ó n

JEROGLÍFICO COMPRIMIDO. — Anteriores.
PAJARITA NUMÉRICA. — Santander.

Correspondencia

- I. T. — Utilizaré algunos. Tengo mucho material de usted en cartera.
- J. V. F. — Madrid — Publicaré parte.
- A. V. — Son muy poca cosa.
- C. O. G. — No sirven.
- G. D. S. — Castellón. — No me gusta. Mande otra.
- J. J. O. D. — Madrid. — « En nombre de hembra »... no es octosilabo, aun que se empeñen frailes descalzos.
- A. A. M. — Málaga. — Algunos sirven.
- L. L. de L. — Madrid. — Aprovecharé parte.
- Rinconeta. — La charadita, la ha timado V.
- X. X. X. — Lo publicaré variando el final.

Prohibida la reproducción de los originales de este número

Inofensivo, suprime el Copáiba, la Cubeba y las inyecciones. Cura los flujos en

48 HORAS

Muy eficaz en las enfermedades de la vejiga: Cistitis del cuello, Catarro de la vejiga, Hematuria. Cada Capsula lleva el nombre



PARIS, 8, rue Violonne, y en las principales Farmacias.

LA SAETA

Semanario ilustrado

Toda la correspondencia al administrador D. PEDRO MOTILBA

Rambla del Centro, kiosco número 3

— PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN —

España y Portugal, semestre. 6 pesetas.
Año. 11 »
Extranjero y ultramar, un año. 17 »

Número corriente, 20 céntimos.
Número atrasado, 30 céntimos.

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes. — Pago adelantado.



LA SAETA

LA SAETA

NÚMERO
EXTRAORDINARIO

DE AÑO NUEVO

PRECIO 2 REALES

SHUTER



20 cénts.

Núm. 419

